

EL CASTILLO DE TOR-DE-HUMOS.

Si bien las vicisitudes públicas truecan la fortuna y condición de los pueblos y alteran su fisonomía, quedan siempre ciertos rasgos característicos, que apenas puede extinguir la planta del tiempo, y que dan á conocer su antigua índole con las circunstancias de su existencia. En vano, pues, se trastornaran con desastrosas peripecias, si dejaron en su pos un monumento, donde el filósofo pueda encontrar el libro de la meditación y de la verdad. Porque sobre sus desmoronados torreones, en cada cual de sus ennegrecidos sillares hay un geroglífico elocuente para descifrar los misterios que yacen bajo la sombra de los siglos. Verdad es que semejantes lugares, envueltos en un prestigio encantado y poético, se prestan mucho á los halagos de la fantasía, y á los ensueños brillantes de la inspiración. Tal vez allí, sobre aquellas musgosas piedras, donde sentado el pastor entona el cantar de sus plácidos amores, lamentó algun monarca las sangrientas banderías de la ambición y la discordia; probablemente en estos sitios llenos hoy de solitaria calma, resonó ayer el estruendo del combate ó la algazara del festín.

Así hemos reflexionado mas de una vez recorriendo el árido y empinado cerro, sobre cuya cima ostenta sus deruidos paredones la fortaleza de *Tor-de-humos*. A su sombrío aspecto nuestra memoria se remonta espontáneamente á la turbulenta época, en que inundada la España de los godos por las huestes del Corán, dió principio aquella lucha heroica, que, inaugurada en los montes de Covadonga, terminó gloriosamente bajo las torres de la Alhambra. Pues apenas los primeros reyes de Asturias y Leon tendieran su incontrastable espada, hicieron retroceder á los belicosos invasores hasta las márgenes del Duero y del Pisuerga. Establecida así la frontera de su nascente estado, preciso era hacerla inaccesible al enemigo por medio de reparos y de-

feusas militares, que al propio tiempo protegiesen al país contra las armas desoladoras de los infieles. Para llevar á cabo este pensamiento, llegaron á construir diversas líneas de puntos fuertes, entre los cuales tenia un lugar notable el castillo de *Tor-de-humos*.

Colocado en la cima de un cerro cónico y aislado, que domina la villa por el O. y ocupando su espaciosa plataforma, constituía un lugar culminante de la comarca y de la línea de fortificación, como una de sus principales atalayas. Se compone de un recinto exterior, en forma esférica, con su robusta muralla de sillería alta por 40 pies, con 6 de fondo, y almenada sencillamente, sin troneras, ni obras esternas para flanquear los frentes: pero rodeada de un anchísimo foso, cuyo vestigio aun se dibuja en toda la circunferencia. Y si bien se observan en algun trozo almenas con espilleras para armas de fuego, indudablemente son reparación posterior, así por su traza, cuanto por el aspecto de su fábrica. Dos puertas principales dan paso á la plaza de armas. Una en la cortina de S. á E., abierta en un recodo del muro, y formada por tres arcos sucesivos: el primero semicircular, con otro de seguridad sobrepuesto en forma ogival; el segundo muy rebujado, y el último elíptico. Entre sus intersticios caían grandes rastrillos, cuyos lechos se observan en la fábrica. Esta portada hubo de hallarse defendida exteriormente por algunos matacanes, cuya existencia anuncia un zócalo desmantelado que hay en la derecha de su vértice con el doble objeto de flanquear todo aquel frente: al tiempo que algunas troneras, para armas arrojadas, rasgadas en la misma línea, podían limpiar el foso y cerrar la avenida hácia el porton. En el murallaje del O. subsiste la otra puerta, maltratada de ruinas; y junto á ella senda porterna falsa, tambien obstruida é impracticable.

Penetrando por cualquiera de aquellas bóvedas se sube á la plaza de armas, recinto despejado y espaciosa meseta del cerro, dividida en dos mitades por una línea destruida de muralla, que apenas conserva restos de su obra enclavados en dos frentes de la torre del homenaje. Elévaso esta en el centro de la planicie, y domina todo el sistema interior y exterior de la fortificación. Su planta es poco menos de un cuadrado, con 46 pies en los lados de entre S. á O., y de N. á E., y 40 en los de E. á S., y de O. á N. (porque no está perfectamente orientada), con 10 de espesor, y sobre 60 de elevación desde flor de tierra; construcción de sillaría terminada por un orden de modillones en su coronamiento. Osténtase un trofeo heráldico en su faceta de E. á S., compuesto por dos fajas unidas en cuadrilátero. Contiene la superior tres escudos: el del centro con las armas del antiguo reino de Castilla; el de la derecha, gironeado en su mitad superior, y flanqueado con banda en la inferior, siendo el opuesto ajedrezado. Y los dos de las fajas segundas son idénticos á los costeros descritos, con un adorno caprichoso en el espacio intermedio; tallado todo en piedra semejante á la del edificio. Al frente opuesto se vé otro blason con un solo escudo, igual al flanqueado y gironeado del anterior. La parte inferior de la torre estuvo dividida en cuatro pisos además de los subterráneos: conserva aun la escalera del principal entallada en el muro; varias ventanas de medio y bajo punto, y una mira de comunicación con los castillos de Medina de Rioseco y Belmonte al N., y con la plaza de Oteña al S., y su perímetro consta de 35 pies de E. á O., y 30 de S. á N. Los cuarteles y almacenes para la gente de guerra debieron estar en la mitad de la plataforma que cae al M. de la torre, donde todavía permanece un hermoso aljibe para aguas potables; quedando el otro medio óvalo para plaza de armas. El conjunto, en fin, de esta fortaleza es de aspecto arrogante, y de sólida y poco espugnable localidad para sus respectivos tiempos.

No son conocidos absolutamente por datos especiales los años en que tuvo efecto la construcción del castillo de *Tor-de-humos*, ni el monarca á quien fuera debida. Sus formas son anteriores á la invención de la pólvora, tanto por no tener troneras los muros en los antiguos almenages, ni tampoco obras avanzadas de flanco, como por otra circunstancia importante. Al O. del mismo se levanta el cerro de Santa Cristina, que señorea desde cerca la posición y defensas del castillo; y desde cuyo punto culminante, los proyectiles arrojados con el mismo las hubieran dejado sin efecto por su inferioridad topográfica. En este concepto eran inútiles las murallas y fortificaciones. Y cuando se erigieron, prueba es de que no existía aquella decisiva contrariedad por la falta del agente igneo. Por otra parte, las ventanas de la torre arregladas al tipo semicircular, indican la fábrica por anterior al siglo XII. Sábese, sí, que por el año de 1300 existía en estado floreciente, y sirviendo con importancia en las guerras de entonces. Por la parte meridional de la primera línea subsiste un escaso resto de muralla, que, arrancando de la del castillo circunja la villa, asentada en la vertiente oriental de la posición, siendo la fábrica de circunstancias y dimensiones semejantes. Adviértense las calles principales de *Tor-de-humos* trazadas en dirección vertical de la fortaleza, lo cual indica un sistema común de defensa, en virtud de lo cual, arrojando por encima de los muros al águila y resbaladizo colado enormes globos de piedra (de los que se conservan algunos), podía la guarnición del fuerte barrer las avenidas de cuantas cohegros tralacen de operar en ellas. Esta indica también el no uso del fuego en aquella época.

Sucesos históricos han ocurrido en estos lugares, de que no haremos sino una ligera memoria. Habiendo pertenecido á la corona desde su fundación, entró la villa y fortaleza en el poder señorial, por la donación que don Enrique, el de las Mercedes, hizo á don Felipe de Castro, Rico-hombre aragonés, cuando casó con su hermana doña Juana, por dotales de esta, en 1271. En tiempo de don Enrique IV eran de la casa de Sandoval; pues habiéndose casado el jefe de ella don Diego, con doña Leonor de la Vega, hija única de Gonzalo Ranz de la Vega, señor de *Tor-de-humos*, y de doña Mencía Téllez de Toledo, y no habiendo aquellos tampoco mas descendiente que doña Mencía Sandoval de la Vega, recayó en ella la casa y también el señorío de la villa. Esta ilustre señora hubo por esposo á don Pedro de Mendoza, hijo de don Diego, que fué después

primer duque del Infantado, por merced de los reyes Católicos, y en cuya casa ha radicado desde entonces este señorío.

Por los años de 1305 ardian las revueltas promovidas por el inquieto don Juan de Lara contra don Fernando IV. Estableciöse en *Tor-de-humos* el osado infanzon, y renunciando al juramento de fidelidad, se declaró en armada rebelde. Vinieron las tropas del rey, que pusieron cerco á la plaza muy estrechamente, y después de algun tiempo, sin llegarse á entenderse en los partidos intentados, la soldadesca sitiadora se desbandó, viendo inútiles sus esfuerzos: la operacion quedó sin resultado, y el desleal súbdito, triunfante en su inespugnada fortaleza. Pocos años mas tarde se encontró en ella don Alfonso XI por sus contiendas con don Juan Manuel, y aquí pronunció la sentencia contra el conde D. Alvaro Ossorio, partidario de éste, declarándole rebelde y traidor. En la famosa cuanto infuista guerra de las comunidades entraron en *Tor-de-humos* los patriotas, al mando de don Pedro Giron y del obispo Acuña, el 22 de noviembre de 1524, y se aposentaron hasta el 24, en cuyo día, después de pasar revista al ejército de la Santa Junta, salió contra los imperiales, marchando posteriormente desde aquí la vuelta de Villalpando.

Bien pudo ser que á consecuencia de esta guerra fuera desmantelada la fortaleza, como una de las medidas adoptadas por el tiránico vencedor, para evitar nuevos levantamientos. Desde entonces ningún suceso hace digno de memoria este castillo, á quien el primero de nuestros historiadores hace creer como un punto de importancia en los azares políticos del país.

La razón etimológica de su nombre nos parece de fácil esplicacion. Sabido es el sistema de comunicación aérea usado en nuestra antigüedad, y que los castillos no solo eran lugares de defensa sino tambien vigías ó atalayas para transmitirse los sucesos por medio de fogatas en la noche, y de humaredas por el día; haciendo el servicio de los modernos telégrafos en su respectiva condicion. Descompongamos, pues, el nombre complejo de *Tor-de-humos*, y resultará terminantemente la denominación primitiva de *Torre de humos*. Lo cual explica racionalmente que esta fortaleza se hallaba designada como uno de los principales vigías de la comarca para regir el vasto espacio de terreno, que á su pie se tiende por las riberas del rio Seguillo, al M. donde habia otros varios castillejos y aldeas fortificadas, tanto mas siendo su gobernador un oficial de graduacion, como lo era el último de que hay memoria en 1630, don Antonio Atienza, brigadier de los ejércitos del Emperador.

En la actualidad aquel castillo que ostenta su curtida mole á lo largo de las tranquilas márgenes de un riachuelo humilde y silencioso, la fortaleza viva donde tantos potentados de la tierra representaron los vergonzosos y mortales dramas de sus antojos ó pasiones, va dejando caer hora por hora, una de sus gastadas piedras, que, rodando por la áspera vertiente se lleva al polvo un recuerdo de otros días, y representa en melancólica imagen la triste realidad de la vida y la precaria ilusion de la fortuna!

VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LA CIGÜEÑA.

Es tan conocida la Cigüeña en toda España, que apenas hay lugar donde no ande; este animal, que en las modernas clasificaciones ocupa su lugar en la *clase* de las aves y *orden* de las zancudas, es muy desproporcionada en su estructura, pues á unos tarsos sumamente desiguales y elevados, como á un cuello de bastante longitud, reúne un cuerpo pequeño: su cabeza es angosta y poco redonda, buenas alas, revestidas siempre de pluma blanca y negra, bajo de las cuales se encuentran otra pluma mas fina, que sirve para formar con ella los penachos llamados *morabá*; su pico es enteramente recto, y además no tiene hendidura nasal, lo cual sirve de especial carácter para distinguirla de otras aves de la misma familia.

Los sitios que las Cigüeñas para su nido con preferencia eligen, son los campanarios, ermitas de las torres antiguas y palacios, con el objeto de poder tender su vuelo con mas facilidad, y sustraerse de la capciosidad del hombre, pudiendo en dichos sitios reposar con mas tran-

quilidad, y entregarse mas agradablemente á la cria de sus hijuelos. La Cigüeña es ave costea y templada, pero muy celoso el macho, por lo que no se separa mucho de la hembra, y particularmente en la época de la incubacion; en que comparte con el mayor esmero el cuidado de cubrir los huevos; su alimento consiste principalmente en reptiles, como ranas, culebras, lagartos, etc., de los que hacen partícipes á sus polluelos; producen un ruido particular con el pico, parecido al de una carraca, que puede considerarse como un indicio de benevolencia y satisfaccion, pues lo hace cuando llega la primera vez cada año al sitio donde tuvo su nido en los anteriores; cuando sus hijos aciertan á posarse las primeras veces que empiezan á volar, y en otras muchas ocasiones. Las Cigüeñas son objeto de respeto, y aun de veneracion en algunos países, en atención á la propiedad que tienen de limpiar la tierra de los insectos y animales que la infestan. El vuelo de la Cigüeña es tardo y pesado, bien que suele remontarse con él sobre los aires, en cuyo ejercicio dirige hácia atrás los pies tendidos, como para servir de equilibrio á lo restante del cuerpo y cuello; cuando posa en tierra sus pasos son muy graves y mesurados, por cuya razon los antiguos la presentaban como simbolo de la prudencia. La Cigüeña es viajera ó emigratoria, esto es, que no habita de continuo en nuestro continente, y si solo se presenta en él en cierta y determinada época del año, en que la temperatura del clima comienza á ser mas benéfica. Cuando llegan á nuestro país ordinariamente es de noche, y vienen con gran orden y concierto, siguiendo en su curso y vuelo las mas jóvenes á las de mas edad, que van siempre delante sirviendo como de guía, y hacen alto siempre junta á las lagunas y sitios pantanosos, por hallarse en ellos los animales que para su alimento necesitan.

No hace muchos años se leia en un periódico el siguiente curioso caso de emigracion ocurrido con una Cigüeña: Un caballero Polonés tuvo el gusto de coger viva una de ellas, á la cual puso por adorno en el cuello, un collarín de plata, y en él la siguiente inscripcion *hæc Ciconia est Polonia*; soltóla despues y llegada la época de la emigracion, la dicha Cigüeña desapareció con sus compañeras en busca de clima mas templado; así lo fué efectivamente; el buen polaco tuvo sumo cuidado el año inmediato de observar la llegada de las Cigüeñas, hasta que vino un día en que volvieron á aparecer, y el tal caballero vió con sorpresa á una de ellas con un collarín, pero de un metal diferente de color del que él habia puesto á su volátil viajera; suponiendo con fundamento alguno, que aquella Cigüeña debería ser la misma del año anterior, redobló sus esfuerzos para poder haberla, hasta que logró conseguirla, y examinada detenidamente halló, que el collar que á la sazón llevaba no era ya el de plata que él la habia colgado el año anterior, sino que era otro de oro y en su correspondiente lugar otra inscripcion que decia así: *India cum donis milit ciconiam polonia*.

Esto prueba en primer lugar, que aquella Cigüeña habia estado en la India, país mucho mas cálido respectivamente del nuestro, y que las altas temperaturas son mas conformes con su organizacion; y por último, que allá en los otros países dió con otro hombre, si no tan curioso como el polaco, por lo menos mas satisfecho de la alhagüeña posicion que ocupaba.

Concluiremos estos apuntes diciendo, que las especies que vemos mas comunmente en nuestro país son: la Cigüeña blanca, y la negra, cuyas descripciones en particular pueden ya ser objeto de estudio en las modernas obras de Historia Natural.

J. A. y A.



EL NIÑO DESOBEDIENTE.

Comedia en dos actos.

Por D. Juan Eugenio Martzenbusch.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Espeso bosque cruzado por una senda).

TOMÁS, (subido á un árbol).

Juanito. Juanito. No responde. A saber dónde se hallará él á estas horas. Segun la prisa y el miedo que llevaba, lo menos ha corrido ya media legua. Ningun ruido se oye: me parece que ya me puedo apaar. (Báfase del árbol).

¡Caramba! el lance podia haber sido sévico: ¡hullarnos á lo mejor cara á cara con un lobo! Allí, en el alta de aquella peña asomó: todavia me parece que le estoy viendo. Por fortuna venia acosado de los cazadores, y apenas sintió los perros, escapó como un rayo. Pero ¡qué susto el de Juanito! qué modo de correr! Cuando oyó los escopetazos de los cazadores, tan fijo pensó que se los tiraban á él. Yo á lo menos acerté á ponerme en salvo. El dirá tal vez que le dejé en las astas del toro, pero que diga lo que quiera: cada uno debe mirar por sí. Aquí se le quedó el pañuelo, el látigo.... ¡Qué ganápairo es el tal Juanito! al cabo, Juan. ¡Mire V, á mí qué me importaba que llevase ó no el látigo á su dueño! lo que yo queria era hacerle salir del lugar, que luego yo le llevaría donde me diese la gana. Tambien se le cayó el estuche: no, pues este ni el látigo no los vuelve á ver,

(*Meté el estuche en el pañuelo*). Yo me internaría mas en el monte para buscarle, pero, ¿y si me pierdo? Ya se ha puesto el sol; ¿á qué hora he de llegar á mi casa? Y luego que estoy molido de la zurrra y del viaje. (*Critando*). Juanito, Juanito. A la tercera: Juanitooo! Pues señor, Dios te guíe y la Magdalena. ¿Hacia qué lado deberé tirar? Yo no lo sé, pero á la ventura, por aquí marchó. (*Se detiene al oír la voz de Saturnino*).

ESCENA II.

EL TÍO SATURNINO. TOMÁS.

SATURNINO. (*Dentro*). Mula de Barrabás, vuelve. Mal rayo no te parta, Miála, miála. (*Salte en una mula*).
 TOMÁS. (*Aparte*). Bueno será preguntar á este hombre...
 SATURNINO. Arre, condenada.
 TOMÁS. Dios guarde á V.
 SATURNINO. ¿Que adonde voy? Adonde me dá la gana. ¡Me gusta la curiosidad del arrapiezo!
 TOMÁS. No digó que adonde vá V. sino que vaya V. con Dios.
 SATURNINO. El te ampare, muchacho; yo traigo suelto.
 TOMÁS. (*Aparte*). Es sordo como un leño. (*Critando*). No pido limosna; pregunto si voy bien por aquí para Valhermoso.
 SATURNINO. ¡Ah! ¿eres de Valhermoso, eh? Entonces me sabrás decir si esta senda guía al cortijo de la Chupera.
 TOMÁS. (*Aparte*). ¡Buenos estamos! Le pregunto yo el camino ¡y quiere que yo le dirija!
 SATURNINO. Aun no ha ocho días que he venido á esta tierra de condenación, y en saliendo del cortijo, buenas noches... ya no sé por dónde girar.
 TOMÁS. (*Aparte*). La mula se le quería volver; sabrá el camino mejor que el ginete; sin duda es por donde yo quería ir. (*Al tío Saturnino, recio*). El camino es por aquí. (*Señalando el mismo lado por donde venía Saturnino*).
 SATURNINO. ¿Conque piés atrás? Vaya, hombre, Dios te lo pague; eres el primer muchacho que ha hecho conmigo una cosa buena.
 TOMÁS. (*Aparte*). ¡Qué génio tan áspero tiene el tío este!
 SATURNINO. Tú irás á Valhermoso: ¿Verdad?
 TOMÁS. (*Hace sena que sí*).
 SATURNINO. Háblame con la lengua y no con cabezadas. ¿Te parece que no oigo?
 TOMÁS. No digo tal disparate.
 SATURNINO. ¿Que si quiero llevarte? Espantábame yo de que no tuvieses tus antojitos? Aguárdate, me apeare para subirte, y de camino apretaré la cincha. (*Se apea*).
 TOMÁS. Viva V. mas años que mi abuela... (*aparte*) que dicen que murió de veinte. El sordo vale un Perú.
 SATURNINO. ¿Qué látigo es ese, chico (*tomándosele*). ¿Dónde te has encontrado tú este látigo? ¡Jesus! ¿Si le habrá sucedido algo al amo?
 TOMÁS. ¿Es su amo de V. don Eugenio? Se lo ha dejado olvidado en el lugar.
 SATURNINO. ¿Se lo ibas tú á llevar? ¿Con que tú le conoces?
 TOMÁS. Sí señor: ha estado en el pueblo esta tarde.
 SATURNINO. ¿Quería mucho á tu padre? ¿Calla! ¿eres hijo siquiera del cabo Manuel? De juro: si dijo esta mañana el amo que hoy iba á ir á tu casa. ¿Cómo no te he conocido yo antes? A fé que no niegas la casta. Los ojos, el pelo, la fisonomía... así... un poco apicarada de Manuel... Purico, purico á tu padre.
 TOMÁS. Sí señor, todos dicen que me parezco mucho á mi padre.
 SATURNINO. Haces bien en quererla; tu madre es una excelente mujer. ¡Lo que se alegrará cuando sepa que soy mayoral del cortijo de don Eugenio! ¿Qué llevas en ese pañuelo? (*Lo abre y mira*).
 TOMÁS. Fresa que he cogido en el monte.
 SATURNINO. ¡Y huevos de perdices! Diablejo, si te me sorbes los huevos ¿qué piezas he de tirar luego yo? Este estuche te lo ha regalado mi señor. Un paquete de esos ha traído para repartirlos á los chicos.
 TOMÁS. (*Aparte*). Este hombre se lo dice todo, sin necesidad de que yo mienta.
 SATURNINO. Lo que siento es que cuando lleguemos al cortijo, no estará el amo.
 TOMÁS. (*Aparte*). No me podías dar noticia mejor.

SATURNINO. Así que vino del pueblo, tuvo que salir y no estará de vuelta hasta mañana. Pero yo me encargo de obsequiarle en su nombre. Cenarás conmigo, y luego te enviaré á tu casa en la mula con un mozo, para que no esté tu madre con cuidado.

TOMÁS. (*Aparte*). Todo se compone perfectamente. (*A Saturnino*). Muchas gracias.

SATURNINO. ¿Y tu tío Ginés?

TOMÁS. (*Aparte*). Esto es malo. (*A Saturnino*). ¿Mi tío Ginés, dice V?

SATURNINO. Sí, el artillero.

TOMÁS. ¡Ah! mi tío Ginés el artillero! (*Aparte*). ¿Qué le diré yo? (*A Saturnino*). Se metió fraile.

SATURNINO. ¿Cómo? quedaba en el baile? ¿Con que está en el lugar? Es preciso que yo vaya un día de estos á ver toda esa gente buena. Ea, aupa. (*Le monta á las ancas*). Tente firme. ¿Cómo te llamas tú?

TOMÁS. Tomasito... digo.

SATURNINO. Juanito, si, ya me acuerdo. Mira, Juanito, yo te he de querer mucho, porque me parece que has de ser uno de los pocos muchachos que hay de provecho.

Siempre tuve una aversión
 á los muchachos cruel;
 mas por la misma razón,
 si hallo uno bueno, es pasión
 la que tomo por aquel.

JUAN. (*Aparte*). De mi amigo me desuno
 y de su nombre me valgo
 sin escrupulo ninguno.
 Ya que me trata de tuno,
 que me lo diga por algo.

SATURNINO. Agárrate bien, que vamos á ir echando centellas. (*Monta*). Arre Gavilana, arre, mira que te he de valdar. (*Vanse*). (*Queda el teatro desierto por algunos instantes*).

ESCENA III.

JUANITO. Ya hallé la senda; esta es. Sí, este es el sitio donde estábamos cuando eche á huir: reconozco el peñasco, los árboles, todo. Pero Tomás no se halla aquí... Habrá huido tambien por su lado... ó tal vez... ¡Ay! no lo quiera Dios... habrá sido despezado por el tubo. ¿Por qué he venido yo al monte? por qué he desobedecido á mi madre; Madre de mi vida! Ya está anocheciendo: cuando vuelva á casa y no me halle ¡qué pesadumbre vá á tener! ¡Huff! (*Se deja caer en el suelo rendido de fatiga*). No puedo dar un paso; los piés no me caben en el calzado de hinchados que los tongo. Me he lucido con mi paseo! Me he destrozado la ropa, los piés, he perdido mi estuche, el pañuelo... y lo peor de todo es que no he probado ni una fresa de las que cogí. No, lo peor de todo es que no sé cómo he de llegar á mi casa. Este Tomás tiene la culpa: él me ha cagañado, él me ha seducido... ¡Ah! ¿y por qué cedi á sus instigaciones faltando á las órdenes de mi madre? Cuando le vuelva á hacer caso en adelante... Cuando le hable en mi vida... Pero es preciso animarme. Si me quedo aquí... si vuelven los lobos... ¿He de pasar aquí la noche? Cuanto mas tarde se haga, será mas difícil acertar con el camino: esforcémonos. (*Procura levantarse y no puede*). Es en vano, no me puedo mover del sitio: aquí voy á perecer esta noche lejos de mi madre. ¡Dios mio! tened misericordia de mí. (*Momento de silencio: Juanito llora amargamente*). Me parece que oigo á lo lejos campanillas de caballerías... Sí, ya se acercan. Gracias, Dios mio.

ESCENA IV.

SABAS Y JUANITO.

SABAS. (*Canta dentro con acento gallego*):

Quien se atreva á preferir
 su capricho á un buen consejo,
 á costa de su pellejo
 se tendrá que arrepentir.

JUANITO. Demasiado cierto es. ¡Ojalá no lo experimentase yo por mi propio! Es un galleguito. (*Salte Sabas quitando una caballería menor*).

JUANITO. Amigo, amigo, por Dios que me lleves á mi casa.

SABAS. ¿Cómo? ¿Qué te pasa rapaz?

JUANITO. Estoy cansado, no puedo moverme, no puedo

llegar á mi casa, mi madre estará muerta de sentimiento por mi tardanza. Por Dios que me conduzcas á los brazos de mi madre; ella te pagará bien este favor.

SABAS. Entonces corrientes: yo ¿á qué estoy si no á jugar? ¿De dónde eres tú?

JUANITO. Soy de Valhermoso.

SABAS. El caso es que yo no llegu hasta tu pueblo; pasu á un cuarto de legua, pero no entru en él.

JUANITO. ¿Qué te cuesta andar esos cuatro pasos hasta dejarme en mi casa? Ya te digo que mi madre te lo agradecerá bien.

SABAS. Es que también tengo yo padres que me ajuarden y á poca que tarde habrá lá de Dios es Cristo. Yo nun puedo hacer mas que dejarte cerca de tu pueblo, desde allí te puedes ir á pata.

JUANITO. Bien, aunque sea á rastra me iré desde allí.

SABAS. Pero en ese caso ¿quién me paga?

JUANITO. Llégate mañana á mi casa.

SABAS. Mañana salgu con una carga de fruta para la feria del jueves, y tengo que llevar un camino todú al revés. Non puede ser.

JUANITO. Pues yo no tengo dinero que darté.

SABAS. Pues yo nun sirvu de valde á nadie. Mi padre me ha enseñadu á nun dare nin los buenos días si nun me lus han de volver cun janancia.

JUANITO. ¿Por Dios!

SABAS. ¿Qué Dios ni qué santa María? ¿Te parece á tí que diérumme el burrico de limosna? ¿Nun lienes diñeiru y quieres andar á caballo! Tú quieres gulerías á manta de Dios.

JUANITO. ¿Has de ser tan gallego que no quieras hacer un favor?

SABAS. Hacer favores es de zopencus.

JUANITO. ¿Pobre de mí! está visto que no podré llegar á ver á mi madre. No tienes alma. Si yo me hallara en tu lugar...

SABAS. Pues vamos á ver como te portas tú que la echas de rumbon. Suponte tú que yo te pídu por favor que me des la tu chaqueta y la tu monteira.

JUANITO. Hasta el cargo de que no puedo disponer de mi ropa, porque al cabo no es mía, si no de mi madre.

SABAS. ¿Ah perreiron! Tampocu el burru es mío: con que non puedu disponer de él. Hijo, compunte como puedas, si nun sudas algu, para Dios mi alma que nun saques raja de Sabas Zurrandeira. Dios te valga y el Señor Santiago.

JUANITO. Espera.

SABAS. Nu hay que andar cun parlerías.

JUANITO. Oyeme.

SABAS. U truecas tu chupeta por mi farda y tu gorru por mi chapeu, tú non le calientas el lomu á mi pollinu. Tú farás lo que mejor te convenga.

JUANITO. Llévame á mi madre, mas que sea en camisa: toma (quiera darle la chaqueta).

SABAS. Esu non: paga adelantada diz que es paga viciosa. Cuandu llegaremos á la encrevejada donde tengo que dejarte, allí trocaremos. Ya puedes subir en el Chilu.

Nun te se haga caru el viaje según el apuru apreta, se ha de pajar el bagage. ¿Te hiciera ir de este parage á tu casa tu chaqueta?

JUANITO. (Después de haber montado).

Que sin mi ropa sorá mal recibido colijo, pero á mi madre diré: si dí la chaqueta fué porque vale mas un hijo.

(Vánse.)

ESCENA V.

(Campo, y á un lado la entrada á un cortijo. Es de noche).

MARTA. SATURNINO.

MARTA. ¡Válgame Dios! ¡qué hijo este! No se puede V. figurar lo que pasé cuando al volver á casa me hallé sin él, y me digeron que le habian visto dirijirse hácia el monte con el muchacho del herrero.

SATURNINO. Vds. se asustan de nada. Los chicos no han de estar cosidos á las falgas de su madre. V hágase V. el cargo de que el motivo de la escapatoria le... vamos, le

hace honor. Además que ya el niño... No se apure V. tantu porque anda solo, que no se perderá.

MARTA. No me da cuidado el que anda solo, sino el que se acompañu mal. La debilidad de su carácter es la que me hace temblar.

SATURNINO. Seguro; el día de mañana á todos los mozos del pueblo ha de hacer temblar. Es de la piel del diablo, que es como me gustan los muchachos á mí.

MARTA. ¿Qué dice V.!

SATURNINO. Mientras la cepa-merienda me ha tenido embobado con sus ocurrencias. ¿Qué maldito! ¿Qué cosas me ha contado del herrero, del padre predicador, del alcalde, de V.!

MARTA. ¿De mí! ¿Es posible?

SATURNINO. Señora, no son ningunos pecados mortales. Al cabo V. es viuda, y joven y guapa; ¿qué tiene de particular que la haga á V. algunas visitas el sacristan?

MARTA. ¿Dios mío! ¿eso ha dicho mi hijo?

SATURNINO. Me ajijo, me ajijo... No hay por qué adigirse, cuando no hay ofensa de Dios... Verdad es también que en un momento que yo me separé de la mesa se me bebió cerca de una botella de vino, y su cabeilla no estaria muy firme.

MARTA. ¡Qué es lo que escuchol!

SATURNINO. No, para un estómago fuerte no es mucho: no le hará daño. Y señor, no ha de beber agua toda su vida: es menester que principie á hacerse á poder sufrir un bromazo.

MARTA. Es preciso, es preciso que yo tome una medida severa para corregir á este muchacho. Si don Eugenio hubiera presenciado esas cosas... Ya estoy deseando valver á casa; yo le diré...

SATURNINO. Con que todo eso no vale nada. Yo espero que V. no le reñirá por esas frioleras.

MARTA. ¿Frioleras las llama V.?

SATURNINO. Por supuesto que voy á acompañar á V. Voy á mandar que saquen una caballería.

MARTA. No, tío Saturnino, no: mil gracias. Para lo que falta que andar no es necesario.

SATURNINO. ¿Que no dice V.? Como V. quiera. A ver si encontramos en el camino al mozo que fué con el chico. Digo, si acierta á venir por la senda que nosotros llevamos, porque si toma por la otra, nos sucederá lo que antes le ha sucedido á V.: nos cruzaremos.

MARTA. (Alto.) Mucho siento causarle á V. esta molestia.

SATURNINO. No hay molestia para mí tratándose de servir á una persona que estimo tanto.

MARTA. (Alto.) V. siempre me ha favorecido.

SATURNINO. ¡Ah! V. se lo merece.

También es capricho necio (aparte) cuando nús respuestas bordo, cuando de todo hago aprecio, dar en hablarme tan recio como si yo fuera sordo.

(Gritando.) Matabelas. Matabelas.

MATAB. (Dentro.) Mande V.

MARTA. (Aparte.) ¿Que con tal descaro habló mi hijo, con tal desatino! ó en otro se convirtió, ó quien el vino bebió fué sin duda Saturnino.

ESCENA VI.

MATABELAS. DICROS.

SATURNINO. Cuidado con la puerta y la casa. Yo pronto volveré. Si por una casualidad viniese el asno entre tanta... No debe venir hasta mañana, pero bueno es prevenirlo... Si viene, le dices que me he llegado al pueblo á acompañar á la madre de ese chico que ha estado aquí.

MATAB. De modo, tío Saturnino, que... si V. me dijera qué chico es el que ha estado aquí.

SATURNINO. ¿No le has visto?

MATAB. Yo no le visto á nadie, tío Saturnino.

SATURNINO. Es el hijo de la señora Marta, Juanito Lopez.

MATAB. Está bien, tío Saturnino.

SATURNINO. Cuenta con lo dicho, Matabelas.

MATAB. Vaya V. sin aquel, tío Saturnino.

(Vánse Marta y Saturnino.)

ESCENA VII.

MATABELAS.

MATAB. Yo no he querido decir nada al tío Saturnino, porque como estaba allí la madre de su hijo, y como cada tendero alaba sus aguijas, y la mejor palabra es la que está por decir, y como dicen que soy un bárbaro, y como pueden tener razón, yo no quería soltar una barbaridad. Ello, la moza jura y perjura que allí no ha entrado vicho viviente sito él. Voy á dar un vistazo por allá arriba, á ver... si no parecen, ciertos son los toros. Y entonces si le atrapo, yo le contaré yo un cuento al tal Juanito (*Entrase en la casa y cierra*).

ESCENA VIII.

JUANITO.

JUAN. Esta es la casa de don Eugenio; un cuarto de legua me falta para llegar á la mia. El rato que he venido á caballo me ha servido de muebo. Ya me siento con mas ánimo. Y luego la alegría que me ha causado el hallazgo de mi estuche. Sin duda Tomas lo cogió, y lo ha perdido al pasar por aquí. ¿Si encontraré tambien el látigo? Miremos.

ESCENA IX.

MATABELAS. JUANITO.

MATAB. (*Asomado á una ventana*.) Ese muchacho que anda rondando la casa... ¿Cuánto vá que es él? (*Quitase de la ventana*.)

JUAN. No parece: si le hubiese encontrado, llamaba aquí, se lo presentaba á D. Eugenio, y tal vez... Pero; qué! ¿habia de verme en este trage? ¿Le habia de contar lo que me ha pasado? No, no, á mi madre sí, todo se lo diré, todo sin faltar un ápice á la verdad, mas que me mate á golpes: bien merecido lo tengo. No me volverá á suceder el desobedecerla, no.

(*Sale Matabelas con un látigo*.)

MATABELAS. ¿A dónde vas muchacho? ¿Cómo te llamas? ¿Te llamas tú Juanillo?...

JUAN. Juanito Lopez, pa servir á V.

MATABELAS. Para servir al demonio. (*Le ase*.) Tú eres el que yo buscaba, picaron, canalla.

JUAN. ¿Qué dice V.? Suélteme V.

MATABELAS. ¿Soltar? Cuando yo te suelte cada pedazo te se ha de ir por su lado. Ladron.

JUAN. ¡Ladron á mí! V. falta á la verdad.

MATABELAS. ¿Quieres que te ahogue? ¡Brihonazo! Mira si restituyes al momento lo que has cogido: si no, te ahorco de una reja.

JUAN. Pero por Dios, por la Virgen, si yo no he cogido nada á nadie. ¡Ah! ¿lo dice V. por la chaqueta y el sombrero que llevo? Es verdad que no son míos, pero...

MATABELAS. ¿Con que esa mas? ¿con que has robado tambien esas profundas?

JUAN. Yo no las he robado.

MATABELAS. Mira si me entregas cortiendo el rubierto, porque si no te voy á poner hecho un san Bartolomé.

JUAN. Yo no tengo tal cosa, yo no he robado nada.

MATABELAS. ¿Con que no?

JUAN. No señor, no señor, es mentira.

MATABELAS. Picado. (*Le dá de latigazos*.)

JUAN. Ay Dios mio. ¡Ay madre mia! favor! Por Dios, por Dios... Si yo no tengo eso.

MATABELAS. ¡Baterol! restituye ó te mato.

JUANITO. ¿No hay quien me socorra? Que me mata este hombre.

ESCENA X.

D. EUGENIO. DICROS.

EUGENIO. ¿Qué es esto? ¿que sucede aquí?

JUANITO. Señor D. Eugenio, socórrame V.

EUGENIO. En un momento que he faltado ¿ya ha habido aquí un escándalo? Mucho me alegro de haber anticipado la vuelta. ¿Cómo te atreves á maltratar á un niño?

MATABELAS. ¡El niño y su alma! ¿Sabe V. nuestro amo lo que ha hecho? Robarle á V. un cubierto de plata.

JUANITO. Es falso.

EUGENIO. ¿Cuándo ha podido hacer eso? ¿Cuándo ha entrado en casa?

MATABELAS. Ahora, hace poco: le traje aquí el tío Saturnino.

JUANITO. Es falso.

MATABELAS. Le dió muy bien de merendar, y le ha pagado el obsequio de ese modo.

JUANITO. Falso; yo no he puesto los pies en esta casa.

MATABELAS. ¡Jesus! qué muchacho tan desvergonzado! Negará que hay Dios, vamos. Pero si es imposible que... Yo juraria que aun tiene el robo en el bolsillo.

JUANITO. Bien fácil es de ver. Yo no tengo en mis bolsillos mas que esto. (*Saca el estuche que le dió D. Eugenio; Matabelas se lo arrebató de las manos*.)

MATABELAS. Eso es de casa tambien: ya he visto de esas cosas en su cuarto de V.

EUGENIO. (*Severamente*.) Ese estuche se lo he dado yo.

MATABELAS. Pues mucho pesa... y aquí dentro... (*Le desata y abre*.) ¿Qué decía yo? Mire V. aquí el tenedor y la cuchara.

JUANITO. ¡Virgen santísima! (*Aterrado*.)

MATABELAS. Ahí está, no falla: mire V. la cifra. Pero todavía falta el enchillo.

EUGENIO. ¿Que responde V. á esto, Juanito?

JUANITO. ¡Dios poderoso!

EUGENIO. ¿Nada dice V. para disculparse?

JUANITO (*llorando*.) ¿Y qué he de decir yo, si es imposible que me pueda justificar?

EUGENIO. Luego confiesa V. que...

JUANITO. No señor, yo no confieso nada: mentiria si confesase tal cosa. La verdad es, señor D. Eugenio, que yo no he entrado en su casa de V., ni sé quién es el tío Saturnino, ni sabia si V. tiene cubiertos de plata, ni nadie me ha dado de merendar.

MATABELAS. El chico es una alhaja. Con que...

EUGENIO. Digame V. primero ¿cómo es que se halla V. aquí? Cuando yo ví á V. en su casa no creo que tuviese V. intencion de hacerme una visita.

JUANITO. Desde entonces ni he hecho ni me ha sucedido cosa buena. Me dijo mi madre que no me apartase de la casa ni me acompañase con un muchacho con quien suelo jugar: vino él á buscarme, vi que V. se habia dejado allí aquel látigo tan hermoso, quise venir á trárselo á V...

EUGENIO. ¡Y desobedeció V. á su madre! Bravo!

JUANITO (*sollozando*.) Sí, señor. En lugar de venirnos aquí en derecha nos fuimos al monte, vimos un lobo, yo huí, mi compañero se subió á un árbol y no le he vuelto á ver. Con el susto me dejé olvidado el látigo y un pañuelo en que tenia ese estuche.

MATABELAS. ¡Jesus cómo las enredal!

EUGENIO. Calla tú. Pero ¿cómo, dónde le ha vuelto V. á recobrar?

JUANITO. Aquí mismo... allí delante de la valla. Yo acababa de separarme de un gallego que me encontró en el monte sin poder dar un paso, y que no quiso traerme hasta aquí si no trocaba con él de chaqueta y sombrero; y al acercarme á esta casa, reparé que estaba en el suelo mi estuche.

EUGENIO. ¿Quién puede haberle traído aquí?

JUANITO. Eso, Dios lo sabrá... yo no quiero acusar á nadie.

MATABELAS. Ya viene quien desenredará la madeja: el tío Saturnino.

JUANITO. ¡Y mi madre! ¿Dónde me esconderé?

ESCENA XI.

MARTA, SATURNINO, UN MOZO. DICROS.

MARTA. ¡Ah! ya le veo, ya respiro. Hijo de mi corazón. (*Va á abrazarle, Juan lo resiste*.)

JUANITO. No me toque V., que dicen aquí cosas de mí.

SATURNINO. ¿Con que es este? Por supuesto que sí. Este sí que se parece á Manuel, Purico, purico á su padre.

MARTA. Disimule V., señor don Eugenio, si he faltado al pronto á las atenciones que merecia su presencia de V.

SATURNINO. Si ya decía yo que era imposible que aquel tunante tuviese sangre de un hombre de bien. Mire V., nuestro amo, yo que á pesar de mi sagacidad, me dejo enganar por el chico del herrero, le doy una merienda opipara, creyendo que era el hijo de la señora Marta, y el mal-dito se me bebe una botella de vino, se emborracha y se lleva este cuchillo de la mesa. (*Mostrándole*.)

JUANITO. ¡Ay madre! ahora sí que la abraza á V.

MARTA. Pues ¿qué es esto?

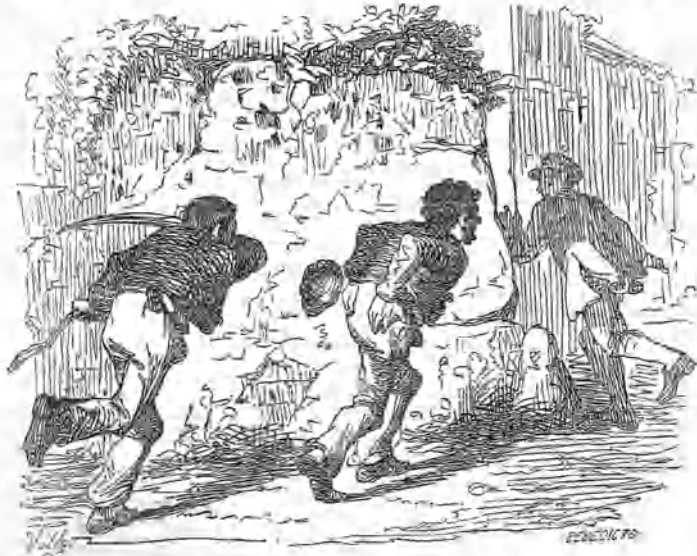
MATABELAS. Toma, que yo... (*aparte*) vaya, pues la he hecho buena.

EUGENIO. Silencio.
 MARTA. Pero, señor...
 EUGENIO. No es nada: que su hijo de V. ha sido equivocaco-
 do con otro.
 JUANITO. Pues, nada mas que eso, pero ya está conocida
 la equivocación.
 SATURNINO. Crea V., nuestro amo, que cualquiera se hubie-
 se engañado como yo. Dió tantas señas... el látigo de
 V., no estuche...
 JUANITO (*a Matabelas*). ¿Vé V. cómo yo decía bien? Tarrás
 lo recogería en el monte.
 MATABELAS (*a parte*). Quedo convencido de que soy un
 animal. ¡Pobre muchacho! ¿cómo le he puesto!
 EUGENIO. ¿Y de quién han sabido Vds.?...
 MARTA. De este mozo, que de orden del tío Saturnino
 ha llevado á Tomás al pueblo. Antes de llegar á él se
 halló el muchacho en tal estado de embriaguez que per-
 dió todo conocimiento: el mozo preguntó, le dirigieron
 á casa del herrero, y al acostar al chico le encontraron
 un cuchillo que el mozo conoció al instante. Nosotros
 le hemos hallado en el camino y volvíamos en busca de
 mi hijo, á quien ya que ha cesado la inquietud en que
 me tenía, quiero llevarme á casa para castigarlo severa-
 mente por una travesura tan peligrosa y para saber la
 causa de esa mudanza de vestido.
 EUGENIO. Ha sido un trueque forzoso en que no ha ganado.
 MARTA. El lo pagará: en vez de una chaqueta nueva ten-
 drá por mucho tiempo que contentarse con ese andrajó.
 EUGENIO. El castigo de Juanito me toca á mí. Hoy le he

prometido mi protección si continuaba siendo sumiso á
 su madre, y hoy mismo la ha desobedecido gravemente.
 Para que conozca lo que se ha espuesto á perder, sus-
 pendo por un año el cumplimiento de mi oferta, puesto
 que fué condicional, y si en este tiempo vuelve á relin-
 cidir le abandono para siempre.
 MARTA. Ese es el mayor castigo que podías sufrir, y por
 desgracia tengo que confesar que es justo.
 JUANITO. Y yo lo conozco también, y le pido á V. mil per-
 dones del disgusto que le he causado, madre mía; será
 el último. Verá V., señor don Eugenio, cómo sé hacer-
 me acreedor á que V. me quiera siempre.
 EUGENIO. Pues bien: de aquí á un año veremos: entre tan-
 to no hago nada por V. Tengo esperanza de que cumpla
 su promesa porque la lección de hoy ha sido un poco
 dura.
 JUANITO. ¡Caramba si ha sido!

Expuesto á ser devorado
 por una fiera me vi,
 y en aquel apuro fui
 de un amigo abandonado.
 De mis galas despojado
 me pilló un hombre inclemente,
 y aunque equivocadamente,
 zurrado de firme soy.
 ¡Bien escarmentado estoy
 de haber sido inobediente!

FIN DE LA COMEDIA.



NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

VI.

Aquella misma tarde partió Hernando á incorporarse
 con otros muchos caballeros que bajo el mando del conde
 de Castañeda habían salido el día antes á Jaen contra los
 moros del vecino reino de Granada.

La noche que el conde entró en aquella ciudad, recibió
 aviso de cómo los moros habían salido de Albama con mu-
 chos caballeros y peones, y poco despues supo que habían
 echado cordedures para talar el campo de los cristianos. En
 vista de estos sucesos determinó salir á la mañana siguiente
 para contener la tala, y para presentarse con el grueso de
 su hueste ante las fuerzas reunidas del moro, con el fin de
 darle una batalla decisiva.

Con este doble intento salía de la ciudad en el instante
 mismo que Hernando abordaba sus muros, de modo que fa-
 cilmente pudo éste incorporarse á los demás caballeros sin
 que la mayor parte de ellos entendiése que hasta aquel pun-
 to no se les había unido.

En cuanto la hueste se hubo alejado de Jaen como me-
 dia jornada, mandó el conde que saliesen de exploradores
 hasta cuarenta ginetes, que él mismo quiso elegir de entre
 los mas resueltos; para lo cual metióse dentro de las filas,
 y departió sucesivamente con varios caballeros para saber

por lo que con ellos hablase, en cuál debía fiar mas prin-
 cipalmente el comienzo de su empresa.

Recorriendo así varias escuadras, acertó á pasar junto á
 Hernando, que por llevar levantada la visera mostraba al
 descubierto su triste y varonil semblante. El árabe usitado
 de improvisó por el tigre en su propio aduar, no se estre-
 mece con terror tan profundo como sintió el conde al ver
 ante sí la melancólica figura del que juzgaba no solo muerto
 al golpe de su daga, sino tragado por las aguas del Gua-
 dalquivir, y siendo ya pasto á los peces de la mar vecina.
 Estremeciase como un remordimiento la profunda mirada
 con que los ojos de Hernando parecían provocarle á nuevas
 venganzas, y acaso el terror le habría hecho abandonar el
 puesto sin pararse en mas averiguaciones, si agitando la
 muerte llama de sus celos una idea que le usaltó de repen-
 te, no hubiera sentido sustituir al terror de su espíritu los
 ímpetus de la mas rabiosa ira.

Pensó si la mano que había salvado á su rival de la
 muerte, podría también haber salvado á su esposa, y en
 ese caso, el mismo había juntado en vida para consumir su
 deshonra por su propia mano á los que juzgó haber unido
 en la muerte para saciar su venganza. Acosado así por el
 confuso tropel de varios pensamientos y pasiones como le
 agitaban, decidióse á marchar al lado de Hernando, y abor-
 dóle en efecto, preguntándole en voz baja, cuando ya sintió
 chocar los estribos de su montura con los de la de aquel:

—¿Quién sois vos, caballero, que no he tenido la honra
 de veros hasta ahora entre los míos?

—¿Quién soy, me preguntáis, conde de Castañeda? Me preguntáis quién soy después de haberme visto, y cuando os veo yo palidecer ante mi presencia, y siento cruzar vuestra armadura con el temblor de vuestro cuerpo? Yo soy vuestro cuerpo. Yo soy vuestra conciencia, que os sigue inextinguible desde que osáis injuriar la castidad y atentar contra la vida de la más bella y la más infeliz de las mujeres.

—Pero, decidme: esos ojos con que me miráis, y esa voz con que me estáis hablando son de un hombre, que vive con su vida mortal...

—Creáis habérmela quitado, por ventura?

—Ira de Dios! caballero: si una vez he podido errar el golpe, yo os juro que no le erraré la segunda... Yo había querido mataros en la Algabe, como caballero, hasta que ví que asaltábais como ladrón el honor de mi casa... Ahora que vuelvo á hallaros, vuelvo otra vez á consentiros que crucéis vuestra espada con la mía, y quiero que sea al instante. Venid conmigo: nos apartaremos un buen trecho de la hueste, y ante la presencia de Dios realizaremos ahora el combate, que vos sabéis por qué antes no se ha realizado; venid pues...

—Sosegáos, buen conde, sosegáos, y enfrenad un poco esa ira para que Dios os perdone las culpas de que ya sois reo...

—Vais á predicarme alguna plática? O es el miedo quien os hace tan cartujo?

—El miedo me ampara un poder demasiado escelso para que yo pueda temer á ningún mortal. No, conde; no puedo temeros á vos, porque no puedo temer la muerte...

—Parece, sin embargo, que la esquiváis con empeño...

—Callad; antes que se levante en los mares el sol que nos alumbrará, habré dado ya al juez eterno cuentas, que no quiero daros á vos ahora. No os acordéis para salir con los exploradores que pensáis mandar al campo enemigo, y yo os juro que no volveré...

—Jurádmelo.

—No necesita jurar un caballero: yo os digo que moriré antes que el presente día. Si creéis que realmente os he ofendido, tomad mi muerte como expiación de mi culpa, y si no lo creéis, rogad á Dios que os perdone haber deseado matarme.

A cada una de estas últimas frases de Hernando, mirábase y escuchábase el conde con creciente sorpresa, y á pesar suyo sentía irse debilitando su cólera y convirtiéndose en una especie de oculto respeto á quien tan triste y mesuradamente respondía á sus provocaciones.

En esto, la hueste se había metido en una estrecha senda limitada por espesos matorrales y á trechos interrumpida por gruesos peñascos que dificultaban no poco la marcha de los peones, y casi imposibilitaba la de los caballeros. Temeroso el conde de que la noche le sorprendiese en posición tan desventajosa, mandó hacer alto antes de intrincarse en lo más hondo de la maleza, y dispuso se colocasen vigías sobre algunas de las rocas inmediatas para evitar en todo caso el peligro de una sorpresa.

Pero estaba escrito en el libro eterno que por aquella vez habían de sufrir amargas pruebas los defensores de la Cruz, pues antes de que pudiesen ser ejecutadas las tardías prevenciones del conde, y cuando ya el sol iba á ocultarse en su diario tumba, empezaron á salir como abortados del seno de la tierra multitud de peones y caballeros moros que cayendo de improviso sobre los descuidados cristianos, en un punto los deshicieron, matando á una gran parte, y poniendo en fuga á los que con gran trabajo y no sin haber antes peleado bravamente pudieron escapar con la vida.

El conde de Castañeda, que era valiente y veía su honra tan gravemente comprometida en aquel inesperado trance, empezó á atacar y defenderse como un león acosado, manteniendo cuerpo á cuerpo multitud de combates parciales que habían costado la vida á cuantos contrarios se le pusieron delante. Fatigado así por tan repetidos combates, y deseando quizás ya en su desesperación perder una vida que tan cara iba vendiendo, metióse espada en mano en un grupo de cuatro ó cinco peones que vió avanzar en su busca, y afirmándose en los estribos cuanto pudo, empezó á dar tajos á diestro y siniestro sin curarse de la defensa. De repente sintió vacilar las piernas de su caballo, que atravesados los hijares por una lanza enemiga, cayó en tierra, dando apenas tiempo al jinete para sacar los pies de los estribos; saltar al suelo y arrimarse de espaldas á una peña, desde la cual á pié firme continuó defendiéndose con extraordinaria bravura.

En medio de tan desigual pelea vió ir desapareciendo

por entre los matorrales los combatientes de una y otra parte, que empeñados en la refriega habíanse ido alejando paulatinamente. Esta circunstancia redobló los esfuerzos del conde, que alcatado con la vaga esperanza de poder quizás restaurar la honra perdida, intentó desembarazarse de los peones que le acosaban para salir á auxiliar á los suyos si aun fuese tiempo. La empresa era difícil, porque sus contrarios no perdían terreno, y ya casi sus fuerzas estaban agotadas, cuando sintió cerca de sí el galopar de un caballo, que saltando como una cabra las peñas y matorrales venía hacia él, y en seguida oyó la voz del jinete que le decía:

—Tened firme, señor conde, que yo voy á socorreros.

El conde conoció la voz de Hernando, quien efectivamente en breve llegó con lanza en ristre y alacó por la espalda á los peones moros, dejando dos de ellos muertos en el suelo, y haciendo huir á los demás.

—Estais en salvo, dijo Hernando al conde: dirigios por la derecha, pues los enemigos han tomado el rumbo opuesto.

—¿Y como hacerlo? replicó el conde mirando á su caballo, que vacía ategado en sangre á pocos pasos de él.

—Tomad mi caballo, le repuso Hernando, apeándose del suyo.

—No puedo consentirlo, caballero; veo que queréis avergonzarme con vuestra generosidad; pero esa fineza os costaría la vida.

—¡La vida! os he dicho que he de perderla antes que muera el día... y mirad... ya el sol va trasponiendo nuestro horizonte... Mirad.

Hernando para señalar al occidente, levantó el brazo derecho, y entonces vió el conde ensangrentada su túnica, y reparó en la mortal palidez que bañaba el semblante del caballero...

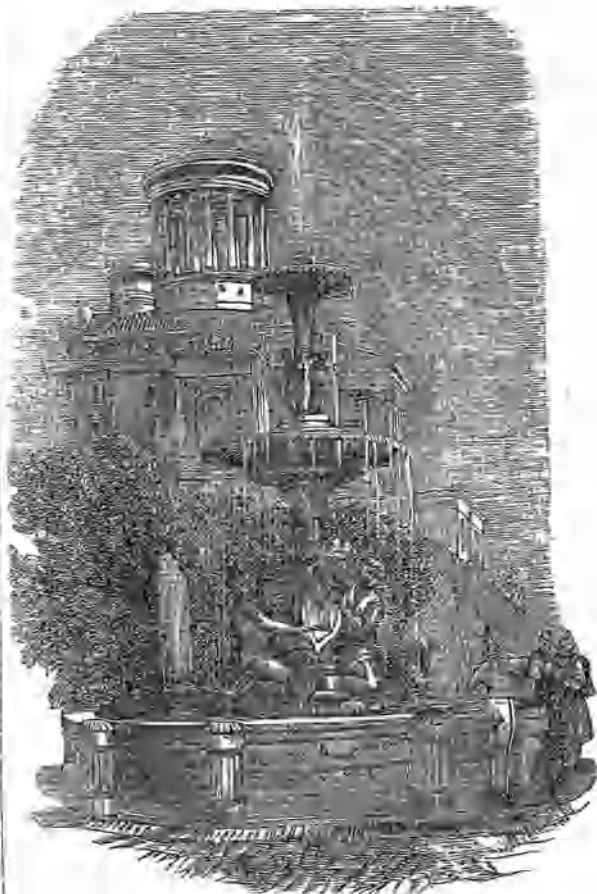
—¿Estais herido? le preguntó el conde.

—Herido de muerte... Me quedan pocos instantos... Subid á mi caballo, alejaos y dejadme morir. Mirad, mirad el caso...

—Caballero... decidme antes de morir... ¿vive mi esposa?... ¿No respondeis?... Ah!

Hernando no podía ya responder. El último rayo del sol que había iluminado aquel día fatal, señaló la hora de su último suspiro. Acababa de comparecer ante el tribunal eterno, donde la madre de misericordia le esperaba para interceder por él.

(Se concluirá.)



La fuente de la Alcahof en Madrid.